

Braulio Arenas

Un ángel alrededor

I



QUISIERA describir ciertos accidentes del tránsito, ciertos suicidios, con la precisión de los partes de prensa. Enunciar el programa de la sencillez, enumerar los misterios. Y ésta no es una empresa imposible. La luz de una lámpara basta para explicar las sombras. Una palabra puede decirme de qué proviene la confusión de mi vida, la aparente zozobra de mi espíritu. Yo la conozco, pero no me atrevo a formularla. Mi existencia no tendría un uso determinado entonces, oscilaría de aquí allá, moriría como un surtidor que ya ha dicho lo que tenía que decir y se seca por dignidad.

Y después de todo, ¿por qué atribuirle un sentido especial a ciertas cosas? ¿A qué obedece la razón de cercar con hierros determinadas quimeras? Estoy seguro que si me otorgasen la libertad de elegir, yo preferiría la existencia nómada de la luna, a esta existencia mía, hecha para el descanso. Llevo la vida como un traje. Quisiera irla plegando, pieza por pieza, en un ataúd. Dejarla ahí por largos años e irme desnudo por quizás qué caminos.

Es preciso desconfiar de la muerte preparada, esa que necesita costosos procedimientos para cumplirse. Morir equivale a vestirse de nuevo, equivale a perder la personalidad.

¡Y cuánto reflexionan los ciudadanos antes de decidirse a morir!

Ordenan la vida y los presentimientos. Son la razón de ser de las leyes, del temor al infierno, de la loca sensualidad bien conducida y metódica.

Y por otra parte, ¡qué de imprevistos placeres y secretas delicias proporcionaría a esos mismos individuos el cuerpo de la casualidad!

Pero nadie se quiere dar por aludido de estas cosas. Prefieren los ciudadanos tomar un tranvía, leer un periódico, seguir a una mujer. Se empeñan en desconocer el elemento sorpresa. Y por esta razón, la casualidad tiene que obrar por su propia cuenta. El tranvía nos conduce a parajes insospechados, la lectura del periódico nos revela noticias sorprendentes, ajenas a su significado primero, la misma mujer que se sigue desvía la existencia cotidiana.

Encender un cigarrillo es natural. Pero evitemos que el humo no nos convierta en dragones.

Y basta ya de concesiones a la realidad. El dragón fuma. El corazón del cuerpo humano es un hueso de almendra. Eso necesitamos; correr.

Rapidez. Un día rápido, una poesía escrita a prisa, un jabón impaciente por consumirse. Rapidez. El ventilador reemplaza al corazón. Rapidez. Una muchacha sube al tranvía. Se sienta a mi lado. La palabra que no me había atrevido a pronunciar nunca, se formula ahora. Es el amor.

El amor. Es la ausencia y el acercamiento de las estatuas. Es la casualidad que guía la sangre. Abro el periódico. Me alejo del amor. Día domingo. Página de los cines. Señalo la fecha. Domingo 24 de noviembre de 1935.

¿Por qué señalo esa fecha? ¿Es que necesito justificarme a mí mismo ciertos acontecimientos?

Y bien mirado, yo podría enamorarme de semejante muchacha. Yo podría seguir una existencia paralela y razonable a

la suya, gracias al amor. Imagino un mundo de posibilidades. Me otorgo carta blanca para pensar. Ese es mi presupuesto de vida. El pensamiento hace al amor a su imagen y semejanza. Pero el amor pierde al pensamiento. Es preciso decidirse en este género de accidentes anticipados que conduce a dos finales trágicos en sí. Yo cierro los ojos y elijo uno de ellos al azar. La prudencia aconseja cerrar los ojos. El buen sentido es un tiburón demasiado pequeño para ser visible; pero es un tiburón. Yo renuncio de antemano y me despido. Elegir un peligro es una manera como cualquiera otra para vivir en paz. El inconveniente reside en eludirlo. Por ejemplo, frecuentar sitios peligrosos, reírse de Dios y de la Santísima Virgen para que se nos condene al infierno, preferir alimentos dañinos. Esto es lo normal, en ciertos casos. La desgracia proviene del cambio. Sin embargo, puedo equivocarme. Puede ser que este día sea un bello domingo que vaya a disfrutar. Pueda ser que un claro nombre de mujer cruce por mi frente. El cielo es un espejo. Por el cielo veo pasar un nombre. Es el de mi compañera de tranvía. La felicidad dura lo que un espejo: se rompe. Mi bella desconocida desciende. El cielo se despuebla. Caen todas las cosas que su interior contenía. En primer lugar caigo yo. ¿Caigo de dónde? Caigo del cielo y de pronto mi sombra y mi cuerpo se unen como un guante y una mano, formando una sola compañía. De este modo resulta muy fácil morir. Yo presencié una encantadora escena, en cierta ocasión: un niño estaba sentado en una silla demasiado alta para sus pies, que se balanceaban en el vacío. Los pies se movían con ritmo incesante. Es muy fácil de suponer; llegó un instante en que los pies no supieron resistir al vacío, este vértigo, y cayeron a tierra en forma de gotas de agua. El cuerpo mismo se le disolvió de igual manera y de pronto el niño no fué sino una cascada que rodaba de la silla al suelo, con gran espanto de la madre. Prestad atención a estos pequeños accidentes. De ellos proviene la desgracia o la felicidad de los hogares. Un

niño dice: «Si yo lanzo esta botella contra el muro, la botella no se romperá, porque tiene el tapón puesto». No quiero deducir ninguna razón de aquí, porque todo acto tiene su lógica. Y mucho menos ahora que el cielo gira y la tierra está inmóvil. Es el espectáculo del amor, comparado solamente al Juicio Final.

Y así como éste hay innumerables juegos. Pero todos los individuos se defienden con una tenacidad verdaderamente loca, y en cierto modo encomiable, de tales placeres. Tanto mejor o tanto peor para ellos. ¡Que cada persona viva su existencia sin inmiscuirse en la de nosotros! Pero hay veces que yo no puedo resistir un sobresalto o un grito de advertencia, cuando veo que semejantes individuos proceden insensatamente y arrojan su botella sin tapa contra la pared.

II

No me refiero en modo alguno a las pequeñas dificultades. Quisiera saltarme todos los sitios que la razón interpone entre el amor y yo mismo. Todos los sitios que, para crearse mal entendidos la pasión alarga. Esas sombras que caben en la separación y que se dilapidan, estrella a estrella, hasta conseguir, como fusión de todas, una estrella solitaria. Una que se identifique con las demás y que, sin embargo, se aparte de ellas, porque contiene bellezas propias, alegrías atribuidas a su sola presencia y delirios que, solamente, puedan provenir de sus ojos. Estrella que recorre mi dormitorio en varias direcciones a la vez, como la luz de una linterna que un asesino emplee. Gira tan velozmente que redondea un pequeño vacío de fuego, como la aureola que la Virgen cose sobre la frente de los soldados. La bruma es una sombra delgada. Yo ando entre brumas respirando las esencias de las señoras demasiado lujosas o un sol que no cueste un centavo adquirir. Pero hay una extraña fuerza que nos somete, una tiránica razón compuesta de per-

fumes y de vestidos blancos, una huella que sólo esta inteligencia de sonámbulos nos permite elegir. Sigamos lo que sea despreciable a los ojos de los demás, perdámonos en cada sentido, porque para eso fueron creados. ¡Que no vengan después a decirnos que un sacrificio es un sacrificio y que hasta los sacrificios necesitan castigarse! Es preferible irse por los caminos detrás del flautista de Hamelin, como los niños que le siguieron, porque su música era irresistible. La vida depende de la lámpara de Aladino. Cualquiera cosa deja escapar, como una garganta la voz, la historia que contiene. Así, muchas veces, yo mismo he podido apreciar la influencia de semejantes hechicerías sobre individuos considerados como sensatos, prudentes y normales. Por ejemplo, de regreso a casa en tranvía, he visto iluminarse los rostros de semejantes personas al pasar la línea del ferrocarril, puesta al empezar la Avenida Irarrázaval. Ahí, donde la línea del tranvía y la del ferrocarril se cruzan, existen cuatro largas y esbeltas maderas, que al bajarse sirven de advertencia a los automovilistas sobre la pasada del tren. Son cuatro cuellos de jirafas. Ese parecido salta a la vista. Todos mis vecinos de viaje lo advierten. Cuando pasa el tren, las jirafas juntan sus bocas como si conversaran en secreto.

Y éste es un solo rasgo de las maravillas que toda cosa, aun la más humilde de la ciudad, tiene escondida en sí. Basta que nosotros no resistamos tanto su influjo para que se manifiesten. La magia de la belleza no se entrega, sino a los que saben descubrirla. O la magia de la fealdad, que éste es un punto que no merece ser diferenciado.

Por esa razón, no me refiero a las sombras en este momento. Sólo ansío refugiarme en la bruma, en ese párpado que no sabe si es de día o si es de noche. ¿Y de qué nace parecida ocurrencia? Nunca hasta ahora yo había sentido este desasosiego, esta inquietud que es parecida a la respiración de un perro que olfatea a la muerte. Resignémonos, pues, cerebro mío, corazón mío, manos mías, a deambular ciegos por entre

estas cosas. Permitamos que la casualidad rija nuestros destinos e instituya normas para nuestras vidas. Yo agradeceré hasta su menor socorro. Yo me erigiré en defensor de lo cotidiano, en el amigo de los pequeños hechos, en el amparador de todas las circunstancias maravillosas. No destrocemos su membrana, sino que, por el contrario, aprovechémonos de ella para volar por entre la bruma. Volar, eso está bien. Preferir la bruma, elegir el silencio, buscar un campanario para vivir, una morada, donde nada ni nadie venga a interrumpir nuestro delirio. Vivir preocupado de faenas imposibles, de contar las horas, de escuchar el sonido de las campanas, de aguardar la bruma.

Como una sortija, cuyo metal fuera el lirio, así se me imagina el amor. Pero, ¿en qué mano de mujer reside? Encontrar esa mano es obra de la casualidad, se me responde. Yo buscaré una mano de mujer; ya tengo una faena que realizar. Pero todos los temores vuelven a mí. Ya sé que nadie estima semejante labor, bien sé que aparte de amigos de todo corazón, mi vida es comparable a una desierta y larga y derruida galería, a cuyo final se llegara rápidamente, corriendo, gritando, para encontrar la recompensa de una muerte; es decir, de una puerta abierta a un precipicio.

¿Qué puede contar que no se sepa? Amores rápidos, una infancia, una adolescencia que ahora vivo. Y nada más. Lo que para los otros seres constituye una biografía es para mí, solamente, el relato de breves acontecimientos e impresiones. Cosas exactas, determinadas por los relámpagos o los segundos que perduran, únicamente, merced a su encantadora resonancia. Siempre me ha complacido singularmente trepar a los árboles, y se añade un doble placer a esta empresa, cuando el árbol elegido es poco resistente y fino. Hablo de los papayos de La Serena. Trepado a esta clase de árboles he vivido los más placenteros vértigos, acompasando su vaivén a mi poca imaginación, ya que para mí ser un marino hubiera constituido

un porvenir apreciable. Ahora no pienso del mismo modo. Ahora mis aspiraciones van hacia otro terreno y ojalá que ellas tampoco se realicen. Pero es amable echarse a caminar por las calles de la ciudad en estos días de noviembre. Perseguir una forma de soledad, un amor íntimo, una suerte de olvido, un pasajero descanso. Caminar. Dejarse arrastrar. Irse sin pensar en nada. Adiós proyectos de quedarse en casa para escribir o para leer o para conversar con los parientes. Adiós todo. Caminar por las calles nunca frecuentadas, por parajes hostiles casi. Así voy. ¿Dónde llegar? Adivinen. Unas campanadas de iglesia que anuncian las dos de la tarde, unas palomas y un sopor de surtidor dormido en el viaje. Adivinen. Es el 24 de noviembre de 1935. Adivinen. Es un cinema. Adivinen. Es la bruma conseguida poco después del mediodía, el centelleo de unos coléricos soles transformados en la luna de un firmamento meridiano, realizada la sorpresa y el delirio y el vértigo en las bodas de los novios descuidados.

Ya nada ni nadie puede detener mis decisiones y mi ademán. Voy empujado por un ciego designio, perverso y oculto. ¿Dónde podrá conducirme la casualidad? Hacia el amor, hacia la poesía. Hacia la más misteriosa de todas las manifestaciones del amor, hacia la bruma. Por eso insisto que no me refiero en modo alguno a las pequeñas dificultades. Llevado el asunto de esa manera, sería demasiado simple solicitar silencio a los cadáveres. Los animales formarían una manada de ladrones, acechando la ocasión de forzar las puertas de las casas de campo para asaltarlas. No hay necesidad de suspirar demasiado a prisa, ni leer con furioso apresuramiento las cartas que nos remitan. Todo necesita calma y sumisión. Cerrar los ojos al saltar un abismo, porque de esa manera la caída ofrece menos novedades. Y no se necesita hacer al viento vocero de nuestras aflicciones. Todo el mundo padece sus propios pesares y no está bien que vengamos a plañir los nuestros. El primer y el principal deber de los hombres es aparentar alegría.

Y en sí mismo el asunto que quiero contaros no tiene nada de particular. Cosas como éstas se ven todos los días y, casi sin visibles variantes, las afrontan todos los individuos. Lo que cambia en mi asunto y le da su sello particular, es el giro inesperado de coincidencias que tomó desde un comienzo, ya que todo fué obra de la casualidad únicamente. Amo estos detalles de la vida diaria, porque tienen un encanto especial, una fragilidad, una debilidad y una delicadeza de bailarina en el alambre. El más pequeño movimiento en falso de nuestra memoria los hace caer irremisiblemente. Cualquiera vacilación, cualquier desvío. Y para siempre. Es inútil pretender recuperarlos otra vez. Son como los sueños que desaparecen con un cambio de posición del cuerpo humano.

III

Tomo la iniciativa a mi memoria y escribo sobre el mismo terreno, casi a pocas horas de los acontecimientos, en ese espacio que cabe entre el florecer del relámpago y su repercusión en nuestros sentidos. Escribo sin pensar. Tomo la iniciativa y así queda explicado porqué no puedo decir lo que tengo que decir. Estoy deslumbrado todavía. La proporción de la desgracia no llega en el primer instante a la madre de la víctima. Obra más rápido el dolor que la reflexión sobre el accidente. Después sí que el hecho se culmina en lágrimas y el dolor se manifiesta. Pero ya todo está perdido. Vale más una retención de gritos y sangres en el cerebro que todas las lágrimas que una madre puede derramar. Así estoy yo. Con algo que decir y sin poder enunciar el accidente. Por eso debo escribir a prisa. Después llegará la memoria para ordenar y sistematizar y recordar. Pero yo seré capaz de cualquier sacrificio. Antes de permitir la intromisión de la razón, provocaré la caída de la bailarina de su alambre. Preferiré ver muerto el relámpago antes de saber de qué choques de nubes pro-

cede. Un juego—un ejercicio más bien—que yo siempre pongo en práctica, consiste en coger cualquier libro o periódico y leerlo íntegramente, de la cabeza a los pies, sin pretender enterarme de su significado, pues lo leo a toda velocidad. La prueba es magnífica y casi siempre obtengo un buen éxito. Pero toda improvisación tiene sus riesgos. Alguna parte de la lectura queda flotando en nuestro cerebro, y la memoria, ladinamente, como una ladrona, se aprovecha de ella para su propio uso y la retiene con sus dientes para dirigir sus manifestos fines. Precisamente, esta mañana yo ejecutaba la extraña maniobra y leía el periódico con gran prisa, para que de este modo ni la menor noción de una noticia llegara a mí. Es un trabajo agotador y, desde un punto de vista de persona normal, completamente estéril. Al cabo de un largo rato de lectura, la sangre me martillaba la cabeza, y mis miembros, todos, me pesaban horriblemente, como si hubiera hecho una larga caminata o hubiera sufrido una contrariedad. Nada de eso. El cansancio provenía solamente de mi lectura. Con intenciones de reponerme un tanto, me eché a la cama inmediatamente después de almorzar. Un desastre completo, una desorganización total de mi vida. En primer lugar, una comida hecha a prisa, alternando cucharadas de postre con cucharadas de sopa; después una conversación larga, pero rápida también, ya que cupo en cinco minutos, con una persona que venía a devolverme cierto libro, y, después la lectura del periódico, como lo dije. Me tendí en la cama y, por efecto de ese desorden tan agotador, me dormí casi inmediatamente. Tuve un sueño que ya había soñado en otra ocasión: yo vivía en un país en guerra con su vecino. El rey de mi país me daba una espada. Yo le agradecía el obsequio, me despedía de él—estaba en su castillo—yo echaba a caminar por largas salas, desiertas de moradores. Atravesaba varias de esas enormes salas. Yo sabía que en la puerta de salida estaban los ejércitos enemigos, esperándome para combatir contra mí. Yo echaba a correr, impaciente por

hallarles pronto, por luchar pronto, por morir pronto. Las salas se sucedían unas a otras con la multiplicidad de los espejos. Yo corría gritando y con mi espada en la mano. De repente despertaba. Este sueño lo he soñado cuatro o cinco veces, algunas de ellas con ligeras variantes. Estas consistían en el cambio de color de las salas. Eran amarillas o verdes, pero comúnmente amarillas, excepto en este último sueño que relato, donde eran blancas; paredes blancas, cortinajes blancos, amoblados blancos, luz blanca. Pero no es mi deseo llamar la atención acerca de este sueño. Casi me disgusta intercalarlo aquí, porque bien puede ocurrir que él desvíe el asunto que me interesa hacia otros confines. Seguiré, pues, con la enumeración de los antecedentes. Al despertar del sueño miré el reloj de mi pieza (no tengo reloj en mi dormitorio; no me explico cómo puedo afirmar estas cosas y con tan inusitada suficiencia y seguridad) que marcaba las dos. ¡Las dos de la tarde! Yo me intranquilité muchísimo al comprobar la hora que marcaba el reloj. Intranquilidad sin ninguna causa. Normalmente no debía importarme la hora que fuera. Pero ya he dicho que la memoria se vengaba de mí y jugaba sus mejores cartas, me dirigía. Seguramente fué algún anuncio del periódico el que quedó enredado en mis pensamientos. Fué un motivo cuya razón se me escapaba el que me hizo saltar de la cama, angustiado, sabiéndome en retraso a la felicidad. Esta palabra sí que la escribo deliberadamente. Felicidad. Hago una demostración de adivino. Extiendo mis manos vacías. Ved, no hay nada.

La memoria va recuperando su terreno. Heme aquí en un comienzo de tarde de domingo. Recuerdo que la tarde era bochornosa y que ponía un suave parpadear de luz el vuelo de las palomas, al interponerse entre el sol y mi ventana. Todos los movimientos que yo ejecutaba eran hechos a prisa. No tenía tiempo ni para respirar. ¿A qué se debía mi convulsión? No lo sé. Únicamente la vaga conciencia de un deber incumplido me torturaba lo indecible. Para acallar los

escrúpulos de mi memoria, me apresuraba a terminar pronto los preparativos de mi salida. La espera del acontecimiento no me revelaba el acontecimiento. Pero ya no me preocupaba por adivinar o comprenderlo. Vivía ajeno a su significación y atento solamente a obedecer con fidelidad absoluta sus indicaciones. Oía las órdenes que la casualidad dictaba: «Haz esto. Sonríete. Camina. Toma el sombrero». Yo cumplía al pie de la letra el mandato de su voz, como si en ello me fuera la vida. Por último, me puse el sombrero y salí a la calle. Un sonámbulo atraído por la música del dancing, una serpiente atraída por la leche de los lagos. Iba por las calles pasando de precipicio a precipicio. Salvándome sin contar para nada con la experiencia. Viviendo gracias a una concesión de la muerte. Yo caminaba incólume por un milagro. Es un milagro que el hombre no tenga una larga cabellera de raíces, como los pájaros o los peces, o siquiera una vistosa cola de amor como el pavo real. Hay sucesos que no pueden resistir la atmósfera de la vida para vivir, hay sucesos que no soportan su presión, así como ciertos microbios la altura, hay sucesos que necesitan el aire de la muerte para vivir.

De un parecido suceso era yo el protagonista. Debía poner toda mi atención, mi entusiasmo y mi empeño para obtener un buen éxito del trabajo que me había encomendado la casualidad. El debía rendir sus frutos y era preciso obtener ganancias de él, porque me avergonzaría exponer, después de tanto decir que yo servía para esas cosas, una labor que no correspondiera las esperanzas depositadas en mí. Aun a costa de grandes sacrificios, aun a riesgo de la propia vida, será preciso que siga adelante y salve lo que se me había pedido que conservara en mi poder como el más precioso y útil de todos los obsequios. La sorpresa se me escapa por los dedos de la mano. Unas golondrinas salen de mis ojos al aire libre con mucho temor que el aire las convierta en golondrinas. La casualidad regula mis pisadas. La memoria se venga. El he-

cho aparece claro, me deslumbra con el peso de su revelación. La lectura demasiado apresurada se detiene un instante para que la memoria logre asir algunas noticias. Ya no siento la menor inquietud por esta lentitud. Es preciso saber llegar a la vejez con un digno semblante. El más alto grado de valor de los ancianos no se manifiesta en aparentar juventud, sino en saber aparentar vejez. Y como éste, hay innumerables significados. Sepamos afrontarlos, pues. La página de los cines, la guía teatral. La advertencia sobre los espectáculos. Esa es la venganza. Empujado por un fatal designio, debo caer en la bruma de un cinema. Y no puedo considerar esto como una verdadera desgracia. Entrar a un cinematógrafo. No me olvidaré de tan importantes fechas. Mes de noviembre, 24 de noviembre de 1935. El orden me mueve a obedecer las leyes de la bruma. La bruma, el vientre de un tiburón. Un niño corre por el bosque con una botella de leche en la mano para llevársela a su padre, el leñador. El niño tropieza, se cae, la botella se rompe, la leche se derrama sobre el césped; esa es la bruma.

Sigo adelante. Paso entre una doble fila de árboles, altos como espadas. Uno de los árboles le decía a su compañero: «Mira quien pasa». Y todos los árboles cuchicheaban entre sí, haciéndose la misma observación: «Mira quien pasa». Era yo el que pasaba, el árbol entre los árboles, el sometido al viento. La memoria recuperaba su puesto, como he dicho. Difusamente al principio, claramente después, venía a evidenciar a grandes voces su poderío. Los anuncios del periódico, las órdenes que la memoria fundaba, las provisiones para el resto de la vida.

Entré al cinema, con la cabeza gacha, como avergonzado. La película había empezado hacía ya mucho, y el acomodador me fué guiando con la luz de su linterna, entre el escándalo y las protestas de los asistentes, hasta situarme en una butaca colocada en el centro de la fila.

Idólatra de la bruma, amada cabeza sin atreverse a pen-

sar, manos indecisas que no se atreven a dirigir un cuerpo despierto, porque son las sabias directoras de los sonámbulos de cuerpos como máquinas. Un reposo de nieve necesita mi cerebro y mi boca. Sorber brumas. Navegar nuevamente sobre un iceberg, a la deriva por un océano polar. Dedicarse a recoger manuscritos o prospectos para salvarse en su tempestad. La inmovilidad nos hace hundirnos en la tierra. Yo quiero perecer por esa agricultura de muerte, convertido en una flor, en una fruta, en una legumbre. Ser necesario a los que sobrevivan. Perpetuado en brumas para que los demás comprendan el valor de una lámpara. Volver al principio, bien bañado, bien alimentado, bien vestido. Entonces sí que es necesario despojarse de la soledad como de una vestimenta de espadas. Ir al encuentro de amigos que se recuperan, de novias que regresan, de familiares que escuchan. Es una espada la que puede procurarnos semejante muerte. Su golpe de flor reconocida entre miles por sus rodillas, distinguida de las demás por su cintura de vacíos. Erigido como una tarde sin resplandores y sin palomas. Me agobia el recargo de preocupaciones: una voz que habla por teléfono concertando citas, es decir, una voz que proviene de una cabeza cortada y que anuncia por teléfono su muerte. También me aflige el interés que otros individuos se toman por parecidos quebrantos. Yo quisiera ser el dueño de una bruma hecha para mi propio uso y solamente conocida por mí. Esa bruma invade mi dormitorio, el camino que recorro en el paseo, y separa de mis miradas los semblantes de las personas que conviven a mi alrededor. Pero cuesta demasiadas fatigas conseguirse esa calidad de aislamiento. Es preferible no poseer ninguna quietud, ninguna condición de estatuas, ninguna arcilla para que la bruma nos moldee. Y es una sombra que puede reconocer cualquier transeúnte. Cuando yo paseo por las soleadas avenidas, envuelto en mi bruma, todos los demás paseantes se detienen y me señalan con el dedo, y se di-

cen unos a otros: «Pero vea usted que es extraordinario. Yo creía que el sol era un individuo falto de voluntad». O más bien emplean términos convenidos y rituales para señalar la presencia de la sombra. O bien cuando ya son demasiado audaces para ello, llaman las cosas por sus propios nombres, y dicen simulando un frío intenso: «¡Hay que ver que húmeda está la atmósfera!». Pero yo bien sé que todas esas conversaciones y esas miradas distraídas se refieren a la bruma que va conmigo, y aun hasta la más insignificante de todas sus palabras lleva envuelta una censura para mi orgullo de solitario o un reproche para mi desenvoltura que, en el fondo, no es sino humildad. Por esa razón, para no suscitar tantos malentendidos, prefiero desconocer la opinión de los otros hombres con respecto a la bruma. Estoy atenido a lo que ella significa para mí. Mi paladar conserva el gusto de los palacios que la bruma crea. Su humedad de lluvia de arena, de reloj de arena que dilapidara a prisa sus horas, aun refresca mis labios y mi semblante todo. A mi alrededor cae una continua lluvia, como si las playas de todos los mares y la extensión de todos los desiertos vaciaran sus arenas sobre mi cabeza desamparada. Es decir, una peste que se manifestara no ya por rojas manchas sino que por manchas de tinta en los dedos y en el cerebro. Tener el cerebro manchado de tinta. No quiero decir con esto que todos los escritores estén enfermos, pero sí asegurar que la poesía proviene de un error visual, de una desesperación de ahogados y de una lucha a muerte contra la muerte.

No me refiero en modo alguno a las pequeñas dificultades. La poesía es una pequeña dificultad, un tropiezo o un incidente. Es vivir al servicio de un fantasma, tiránico y caprichoso, pero que regenera. Despojarse, irse, amar todo lo extraño, lo seductor, lo extranjero y lo desconocido. Perdernos y salvarnos al mismo tiempo. Y así toda la vida. Echando de menos el paraíso, repitiendo las mismas acciones que pueden perdernos,

con la inconsciencia de un niño que reincide en los mismos accidentes. Alma sin voluntad, asco expresado en sonrisas que significan también la retención de un martirio.

Es mi alma la que gira embriagada por un dulce vino, encantada por el laúd de un bosque, respirando el aire de la poesía. Yo no me decido a perder el paso en esta confusión de huellas, yo debo elegir con precaución, pisar con cuidado. Sin embargo, es placentero extraviarse, atraído por el susurrar de una cabellera o por el volar de unos ojos. Por estas simples ocupaciones vale la pena perder la vida. Es el mismo tema de observación. Pero nadie quiere suministrar lo que nos falta para que la experiencia tenga un buen éxito. ¿Qué falta? Todo lo que no sobra. ¿Quién juzga con tanta acritud a los asesinos? El hombre virtuoso. ¿Quién levanta la vista al cielo para que caigan en sus pupilas las primeras gotas de agua? La mariposa. ¿Quién se vanagloria de su vestido brillante? La mariposa. ¿Quién da unos pasos de baile levantando las dos piernas a la vez, más alto que su cabeza? La mariposa, siempre la mariposa. Siempre conseguirá ser feliz y singular, a pesar de vivir en contradicción consigo misma, aunque engañe el aparente acuerdo de sus alas. Pero ya está visto que las mariposas no aman las tinieblas. Prefieren vivir sólo un día a plena luz que un año entero en el fondo de un guante, pongamos por caso. La noche es un libro sin estampas. Estas eternas niñas de mi poesía trabajan con las ideas del sol, con sus mejores ideas. Con sus manos, con sus bocas, con sus almas, semejantes a las hojas líricas de un árbol silencioso. Una banda de mariposas me hace compañía, y no puedo sumergirme en las tinieblas, tanto como yo quisiera. Siempre queda una parte de mí, flotando, nadando, haciendo la plancha. Además la poesía no intenta salvarme. Esto es lo que se llamaría en poesía un statu quo. Un empeño inútil, un gesto obscuro: una mujer vestida de blanco, despeinada en medio de una noche, a la orilla de un mar, con una lámpara en la

mano, atrayendo a los mejores náufragos. Yo soy el nadador que lucha contra las nubes. Yo soy el nadador perdido en las aulas de un colegio. Yo soy el que naufraga en todos los vidrios y el que se salva gracias a una sola mirada. Dadme la mirada más terrible, más penetrante y más certera. Aquella mirada que da vista a los ciegos y reposo al agua intranquila, aquélla que hace navegar los cisnes alrededor del estanque y que les hace pensar en una salida, creer en una escapada, imaginar una puerta abierta, como si el estanque vaciara sus aguas, desangrándose en el río, cuando yo creo que mi mano es un estanque y mi brazo, el río mejor. Aquella mirada hace oscilar los lirios opresos de una turbadora inquietud. A mirada de amor, movimiento de muerte. La guillotina puede servir de ventana para cerrarla, cuando estemos cansados de mirar las mismas cosas. La ventana puede servir de traje. La poesía mira, la poesía oye, la poesía es una sombra que se desliza entre sombras, es una luz que se desliza entre luces, como el cielo alrededor de la luna, como el Gulf Stream por el Atlántico. En alguna parte y en algún sitio de mi vida yo debo de haber sido testigo de una escena semejante: un cazador levanta su fusil contra un pájaro tranquilo. Hay un momento de tensión sobrehumana. Suena el disparo. Pero lo que valía era la tensión.

IV

De pronto observo el paisaje lunar que me circunda. Los reflejos de la sombra y de la luz del cinematógrafo. Las cabezas, la respiración, el sonido de los trajes, el transcurso de los minutos. Todo esto me llega fascinándome. Hay personas. Este es un cinema. Esta es una tarde de domingo. Pero ya no me bastan tan débiles sostenes. Necesito distintas certidumbres. Es decir, cierro los ojos en la noche y empiezo a recordar tan placenteros instantes. En primer lugar, el vestido de la joven.

Esa fué la primera visión de una compañía para mi jardín solitario. Un jardín solitario. ¿Qué es un jardín solitario? ¿Qué es una mano que ofrenda rosas con tan encantador empeño, hasta el punto que la mano se identifique con la rosa misma? Su mano era ya una rosa, pero hablemos de su vestido primeramente, recordemos el color de su vestido blanco. Todo esfuerzo tiene su castigo y su recompensa. Esforcémonos por recordar su vestido blanco. ¿Qué es un vestido blanco? Es una página, es una prenda de la luna. Su vestido que hacía la alianza de las mejores noches. Yo quería dormirme, acunándome con mis propias palabras, mientras su vestido sirviese de vela al barco que me transporta. Un vestido por el cual se le ve su corazón, comparado a una inicial o a una estrella. Estaba yo sentado, junto a esa bella desconocida. En estas ocasiones yo lamento que la eternidad no sea eternidad de una vez por todas y que la eternidad sólo dure un breve espacio. El Nilo es eterno. Pero, ¿son siempre sus mismas aguas? Una mujer es eterna. Pero, ¿es siempre la misma mujer? ¿O es el reloj que cambia de horas o los pétalos que componen una flor o la sonrisa en el rostro de la Gioconda? Si nos miramos largo rato en un espejo, el espejo termina por comernos. Y lo mismo sucede con la bruma. Si la miramos obstinadamente, pronto veremos salir de ella a la mujer que habíamos esperado siempre. Este ejercicio es el que las madres llaman jugar con fuego. Caerse de sed al mar y ahogarse. Respirar para volar. Sonreír para descansar. Soñar para vivir. Pero es interesante ir con la cabeza levantada a la zona de los peligros. El amor es siempre invisible. Hay una joven a mi lado. Su brazo descansa, apoyado a escasa distancia del mío. Yo lo miro con atención. Su brazo termina en una mano, como terminan los ríos en un estanque, por la razón de sus dedos. Sus dedos están cerca de los míos. Los observo. Me angustio. La sangre. Me laten las sienas, tengo una corona de sangre en le frente, ansío acercar aún más mis dedos. Más, hasta lo imposible, dejarlos arrastrar con voluntad propia, sin

que la conciencia intervenga. Acercarlos, tocar, nada más que tocar, sin fundir nada, sin aliar nada, sin que haya un pensamiento que se comuniqué por ellos. Un pensamiento de amor haría daño. El amor despierta a los durmientes. Ella duerme, echa hacia atrás su cabeza, casi la reclina en el respaldo del asiento. Ella no quiere tener una visión del paisaje lunar que yo contemplo. Cierra los ojos, cierra la boca, cierra la nariz, se cierra entera. Es una noche. Ella vale por una estatua que envejeciera como los cadáveres y se convirtiera en cenizas, también. Ya nadie duda que por los ojos se emite un viento de tempestad. No la miro para que mis miradas la dejen en paz, en su quietud de brumas, en esa ceniza que habla y escucha. Si yo la mirara, volaría. Polen de sueños. Ella se sumerge en su baño de luna, único metal que le otorga su consistencia. Metal de luz, metal de aire, metal de silencio. La esculpo. Se alza mi obra. Satisfecho de mi trabajo, doy vuelta el rostro hacia ella y la observo. Ahora puedo mirarla sin ningún temor. Saciar todas mis ansias de una vez por todas, calmarme, adormecerme, morirme. La joven lo sabe. Ignora muchas cosas, pero adivina otras, y la intuición vale aquí por todos los conocimientos juntos. Así se permanece un largo rato. Sin pensar en nada. Viviendo al día, si esto fuera posible. Pienso como se piensa, cuando uno se baña en la piscina. Es decir, no se piensa. Se nada simplemente. Se siente una alegría y una gratitud inmensa por el agua verde, por el descanso del cerebro, por la natación en sí.

Hacia la rosa que hable. No se atreve a subir los escalones. Yo no me animo a tocar su dedo con mi dedo, para no poner en movimiento todo el sistema musical, como si su dedo fuera el badajo de los silencios, el rumor que suena en frío, esa conversación de dos personas al mismo tiempo, conversación que se transforma en música. Sus dedos me obsesionan. Sus dedos se toman convulsamente del soporte de la butaca, con un gesto maquinal de defensa, como si el cuerpo de la jo-

ven se despeñara en un abismo de sombras. Ella se cae, se pierde de mi vista. Es una rosa que sólo puede crecer en el vacío, que sólo encuentra su equilibrio en el peligro. Es una rosa, pero yo no soy partidario de los viajes en pos de un alivio. Ella sonríe intensamente, pero yo no he leído ese libro de aventuras. Ella no tiene un nombre que se pueda adivinar, pero yo he visto un casamiento salir de una iglesia. Prefiero que su mano semeje el nivel del agua. ¡Y qué hermoso es hablar con frases internacionales! Me digo: «Entre ella y yo media un abismo. Su semblante tiene un porvenir». Estas frases nos hacen concebir la garganta de los collares.

Yo puedo vanagloriarme de haber visto volar pájaros hacia atrás, como manos que indiquen una falsa dirección. Yo digo frases exactas. Digo: «Tengo veintidós años», y lo digo sin falsa modestia, así como Simbad declaraba: «He naufragado siete veces».

Aquí estoy con su mano entre la mía. Todas las posibilidades del amor caben en la mano de una joven. Renuncio. Suelto su mano que se relega a las sombras. Pido permiso, salgo del cine. ¿A qué ley obedecen las mareas? A la ley de la luna. Pero yo no puedo comprender el motivo que me obliga a replegarme en mí mismo en ciertas ocasiones, como un océano rechazado. Salgo. Afuera continúa la tarde, pero ya es otra. Una vez un joven intentó suicidarse, falló el disparo. Después de su intento no se sonrió nunca más. La tarde es otra. Deambulo por el Parque Forestal. No recuerdo nada, no me sonrío. Y era mayor el ansia de amor que me poseía. Ando por el Parque Forestal. Pregunto a los transeúntes la ubicación de cualquier calle. Me esperanzo, me digo que cierta persona me espera, que hace un momento tan sólo tuve la mano de una joven entre la mía. Mi mano, como un guante de amor. ¡Qué porvenir más lisonjero se me presenta! La vida nos indica, con su brazo extendido, una felicidad determinada. Y de pronto, olvidarse de la señal y mirar su semblante, quedarse toda la

vida mirando el semblante de la vida, amar la vida, encantarse, alucinarse por ella y olvidarse de la felicidad que nos proporciona. No me resta sino pensar con memoria de vidente. Todo se derrumba. Huyo de la casa incendiada con cualquier útil absurdo, un cepillo para la ropa, pongamos por caso. El traje de la joven viste a la tarde. Quiero repetir muchas veces esta misma frase.

Su vestido de ángel que rodea mi vida. Y pensar en los bosques que el viento mece como vestidos. Adorar toda cosa que tenga semejanza con la gentil desconocida.

La quietud, la pasión, el mar a la vez.

El cisne de mi lámpara sin demasiado esfuerzo.

Imaginarla, recuperar la visión que me alucinó por un instante. Los rayos de la luz sobreviven a las estrellas que desaparecen. Las huellas duran más que los viajeros. Una mirada de amor, en fin, dura más que el amor. Y era yo mismo el que quería obedecer una orden de la casualidad, seguir el rumbo de las hadas. Me repito mil veces que es vana toda empresa, insensata toda posibilidad, absurdo todo sometimiento, estéril todo empeño. Más vale que deseemos contemplar numerosos relámpagos sucesivos y que paguemos esta visión sumergiéndonos después en una noche eterna. Y vale más vivir siempre en las sombras para recibir en toda su intensidad este claror.

Sin embargo, para la buena marcha de mis recuerdos, diré que su vestido no era blanco, sino rojo. ¿Qué tiene esto de particular? ¿Me miento a mí mismo? Ya se sabe que en el negativo de la fotografía los vestidos rojos son blancos.

V

Nadar en el amor, como el ave fénix en el fuego. Olvidarse de la vida y de la muerte. No luchar. Hay esfuerzos desesperados, empresas desatinadas, ansias estériles. Confieso que me afanaba por combatir cualquiera pasión demasiado pe-

ligrosa. Pero es insensato emplear espadas para matar pájaros. Es absurdo emplear espadas para herir nubes. El fuego purifica todo vano uso; calma, refresca, acaricia. Ahora procedo cuerdamente: Admito el descanso a costa de mi tranquilidad.

Pero las demás personas no quieren darse por enteradas de semejantes transformaciones. Toman muy a lo serio los pequeños subterfugios del amor. En realidad tal actitud significa un acomodo.

Yo estaba en el Parque Forestal.

Había que decidirse a tomar la iniciativa. Sonreírse, adelantarse a prestar un pequeño servicio, cambiar algunas palabras de cumplimiento. Pero nada de eso es posible. Se permanece inmóvil, estúpidamente serio, incapaz del menor esfuerzo. Es bueno que en estas ocasiones se pruebe la voluntad. Y el mismo decorado de la naturaleza nos proporciona tantos temas de observación. O no ya de amor. De frases solamente, de palabras que no tengan ni la sombra de una intención manifiesta, de una resolución franca. Pero entonces los ojos se cierran y las manos expresan el adiós. Los labios no pueden decir lo que requieren. ¡Y es tan sencillo esto! Basta expresar lo que necesita ser complacido.

Estaba ahí la bella señorita acompañada de su hermana y de una amiga. Conversaban las tres y ella me miraba. ¿Recordaba haberme visto antes, en el tranvía esa misma mañana, o en el cine hace un momento? ¿O le llamaban la atención mis desusados modales? Efectivamente, yo conversaba a prisa y gesticulaba demasiado. Un veneno mortal fluía de la tarde. Los árboles estaban tocados de extrañas vestimentas que el sol doraba y enriquecía. La calma misma que provenía del ambiente era preciso expresarla a gritos.

La combinación de los recuerdos produce bellas sorpresas. La memoria se ausenta de su verdadero sitio y se desliza por otros lugares, haciéndolos conocidos. Esa es una de las ventajas, y no de las pequeñas, del delirio. El vestido blanco se

había puesto de venda en mis ojos y me cegaba. Yo tenía que adivinar, tengo que adivinar y escribir a ciegas y sin pensar. Me amparo de admirables sombras, me refugio en amadas tinieblas. Desde ese débil sitial, yo observo su vestido blanco. Los ángeles se apresuran a morir. Yo no observo nada, no veo nada. Su presencia ha sido la feliz combinación de la calma y de la velocidad de una estrella muerta en el viaje. Ha dejado una pequeña aurora que se termina pronto.

Digo adiós a tan bella quimera. Recuerdo el encuentro de esta mañana. ¿Esta mañana, recién? Recuerdo. Una linda joven iba sentada a mi lado en el tranvía. Soy egoísta. ¿Qué más puedo pedir? La aurora duraba demasiado ya. Abro los ojos. ¿Qué veo? Veo paseantes en el parque. Es ya la tarde. Vivir un día como una existencia toda. Los suicidas viven del mismo modo. Abrir los ojos que ya se tenían abiertos: Esa es la muerte.

VI

El viajero regresa a su pueblo natal. Hace ya tanto tiempo que salió de ahí que casi no recuerda con claridad los acontecimientos de la niñez. Quiere volverlos a revivir, porque son muy importantes. Hay un hecho sobre todos que se impone con cierta videncia. Es éste: el día de la partida se despidió de su novia en las afueras de la población. Fué una escena romántica e infinitamente conmovedora, propia de muchachos. Para amarse toda la vida grabaron en un árbol las iniciales de sus nombres.

Pero ya hace tanto tiempo de esto que la memoria renuncia a evocar los detalles. Creo que era un solitario árbol, eso es, un solitario árbol, sin familia y sin aspiraciones.

Ahora siento un imperioso deseo de volver allá. Yo vería el árbol, la campiña desierta como un espejo, el cielo gris de aquellos días y el poblado distante. Yo vería a la joven, ves-



tida de blanco traje, con una pulsera en la mano izquierda, una joven silenciosa y fascinante.

Y después de todo, ¿por qué no regresar? Ya no me doy pueriles razones ni cobardes excusas. Afronto los hechos. ¡Que la responsabilidad caiga sobre mi cabeza! Si la duda nos detiene, no podríamos abrir una puerta ni dormir de noche. Mi corazón es un viejo oso. Añora el paraíso perdido. Una llave que no abra ninguna puerta, un ojo que nade en el sueño. Observo con atención las cicatrices del cielo. Observo el ajeteo de las calles centrales. Sin embargo, no me decido. Cuestø tanto diferenciar un peine de un horizonte y una mano de un guante. Pero ningún pensamiento está ajeno a su mirada. Eso reconforta. Yo visito al ángel. La mano se desliza despacio sobre un río caliente. Le veo dormir. Está inclinado, dormido, con la cabeza escondida bajo el ala. Cabe el sueño en su eternidad. Su vuelo sobrecoge. Preocupado inspecciona; preocupado por el césped que el otro ángel dignifica y hace crecer. Y todos pretenden idéntica cosa. Una escala de mármol vuela dormida, imaginando que sube más alto que un fantasma. Está desnuda, despojada de terciopelos, desguarnecida, indefensa. Está desnuda como un reloj que cambia su suerte por la de un cisne. Y yo resignado a morar entre brumas. Y yo soy un puente que quiere volar con todos sus pasajeros, cortando en dos un abismo. Empecinado lucho contra el aire convertido en puerta, voy por el aire que reclama silencio y comprensión.

El viajero regresa. Pero, ¿se puede hablar de regreso y de partida o de abandono y de encuentro? Yo no he regresado nunca, ni espero regresar jamás. Yo no contestaré a la Esfinge. Los niños sueñan por boca de sus madres, sueñan su agitación de asfixiados. ¡Qué desilusión! Regresar y no encontrar el pueblo. O encontrar el pueblo transformado en un lago, donde naden algunos cisnes. Buscar un árbol donde se grabaron las iniciales y no verlo. El árbol se ha

transformado en un bosque. Echarse a buscar el árbol en un bosque es empresa desatinada, parecida a la locura del soldado que busca a su madre en el país de las Amazonas; o, si es mejor, a la de entrar con una espada al país de los imanes. Buscar un árbol, eso es todo.

Yo busco un árbol, amada mía. ¿Cómo se puede buscar un árbol, qué método seguir? ¿En qué boca de madre está escondido un árbol? ¿Qué canción puede expresar el batir de sus plumas? Yo nunca sé las palabras que calmen a los parientes de la víctima, los pasos precisos que alcancen a las tortugas. Yo siempre me quedo detrás de las ventanas y, por esa razón, las personas dicen de mí que soy un joven pensativo, perezoso y sin porvenir imaginable.

Y todo se debe a mi falta de imaginación. Yo regresé y no pude concebir—falta de imaginación—que un regreso equivalía a unas palabras sorprendidas a los sonámbulos. Esa es falta de voluntad o discreción o resto de pudor. Ya sabemos que el teléfono se tapa los oídos cuando atraviesa el paisaje por todo el orbe. Se puede decir de mí que, por discreción, no pude encontrar un árbol.

Y con estas pequeñas victorias yo quedaré satisfecho. ¡Que una pérdida equivalga a una muerte, que una mano equivalga a un vacío y que bien valga una cosa por la otra! Los niños corren demasiado a prisa y de repente se caen de la cama. El ventilador gira tan rápido, porque quiere ocultar sus defectos. Por el contrario, la Gioconda, ¡vean qué lenta gira, qué tranquila es! Nunca le ha dado la espalda a los mirones. Permite que se sacien de ella, que escupan sobre ella. Yo no puedo protestar de este cambio de situación. Casi me alegro que el árbol haya desaparecido, y que el pueblo se haya convertido en un lago, y que mi novia se haya fundido en el arco iris. Me esperaba semejante sorpresa. Yo creo en ciertos signos e interpreto a mi favor la velocidad del viento, visible en los vestidos de la casa. Los pájaros que

volaban, muy preocupados al parecer, se detenían un momento en su vuelo para observar lo que yo hacía. Yo daba unos pasos en silencio, lentamente, como si mi ocupación consistiera en pasearme por ese camino, como si no buscara nada, como si no tuviera otro quehacer. Yo me paseaba y para consolarme me decía: «No soy yo; es un viajero el que se pasea». Los pájaros se asombraban y morían.

Un señor se pasea. Entra distraidamente, disimuladamente al bosque. El cielo se pierde, las aves siguen su interrumpido vuelo. El paseante suspira. Un día claro y reluciente, entre todos, había de llegar. Quien sabe a costas de qué sacrificios se alcanzará ese día. Es necesario soportar primeramente noches grises, noches de tempestad y de insomnio. El cuerpo se agrietará como un ataúd o un espejo. Y de repente nacerá aquel día. Buen día. Un día en el bosque es una noche en la ciudad. Porque ya se había hecho de noche aquí en el parque, y porque yo me paseaba solo, alejado de mis amigos y de mis recuerdos. Me paseaba. No sé hasta que punto será oportuno señalar estos detalles. Los consigno porque es muy frágil la memoria del amor y temo que hasta el recuerdo de esos bellos instantes desaparezca.

Andaba apresuradamente, como si estuviera en retraso a una cita. Los temores más absurdos me embargaban. Había llegado a un pueblo desaparecido, hundido en las aguas de un lago. Era de noche. Yo corría por una selva nacida de un solo árbol. Como detalle absurdo, consigno el hecho que yo corría fumando un gran cigarro. Al final del bosque había un castillo abandonado. En él vivía la desconocida de ese día. El castillo encantado, el castillo de alucinaciones. Los soldados que lo defendían, lo defendían dormidos. Dormían de pie. Yo pasé el umbral. Atravesé varias salas; desiertas, espaciosas, misteriosas, enemigas salas, todas ellas blancas. Yo corría con mi cigarro en la mano, ya convertido en una espada llameante. Corría con un terror infinito de no llegar nunca donde me proponía. Yo

atravesaba y volvía a atravesar los salones. Me perdía en el bosque. Me perdía en la blancura inmaculada de esas habitaciones que me cegaban y que me hacían daño, me perdía en un vestido. De pronto, cuando estaba ya a punto de franquear la pequeña y negra puerta de la sala, donde me esperaba mi prometida, esperándome dormida desde hacía mil años, una mano enorme se interpuso entre la puerta y yo. Este es el sueño que he contado en otra parte, pero me temo no haber sido lo suficientemente claro en mis palabras y por esa razón lo vuelvo a repetir aquí, para que se vea cómo, desde un banco del Parque, puede una persona volar tan a prisa, como si el banco fuera un tapiz mágico o un caballo alado. Solamente me angustia la idea que este sueño tan fuera de texto, desvíe el verdadero asunto de estas páginas.

Es admirable la mezcla del sueño y de las coincidencias. El amor es una coincidencia, es un despilfarro de luces. En cambio el sueño es todo economía, es todo medida. Pero, y ya lo he dicho repetidas veces, los más grandes amantes son los soñadores. Esto es muy fácil de explicar. Del sueño provienen las mejores luces. El gran arte consiste en llenar nuestra copa en esta vertiente luminosa para que al despertar podamos vaciarla íntegra, sin desperdiciar la menor luz, en la copa de la vida.

VII

Unas palmeras sobre mi lecho. La sombra equivale a la sombra. Es necesario no confiar mucho de la luz del faro. Como ejemplo está la suerte corrida por las mariposas que confunden la sombra con la sombra y se estrellan contra la luz. Que el misterio no sea conjeturas, únicamente. Que haya una razón especial para que los almirantes se vistan de tanta alegoría, un motivo para que la palmera se sostenga sobre mi lecho y una explicación del color de las murallas. Las paredes

de mi dormitorio envejecen. Su vejez se prolonga a los retratos que cuelgan de ellas y se sale de su interior a mi exterior y arruina los muebles, convierte en un pequeño montón de cenizas las cartas que poseo y, lo que es peor, arruga la superficie del espejo. Yo, muchas veces—debo declararlo con toda sinceridad—he llegado a mi cuarto muy optimista por el sol de las avenidas, por las flores de los jardines, por el mismo canto del gramófono. Sin embargo, toda mi alegría se derrumba, mi ánimo vuelve atrás, porque veo las palmeras. Y no se crean que son unas palmeras aparentes. Para convencerlos de lo contrario, bastaría señalar el curioso incidente de la otra tarde. Yo había estado todo el rato paseando por el Parque Forestal. Era una tarde, un lunes. No había visto a la gentil señorita, aunque no me intranquilizo por ello y no puse mucho empeño en buscarla. ¿Para qué? Me complacía sumergirme en ese mar, en su mano de luz, extrañamente sonora. Eso me bastaba, eso ya constituía mi dicha. Mil halagüeños proyectos se escribían en mi frente, tenía un porvenir hecho, una felicidad asegurada. Edificaba con base de ausencia. Sin embargo, era feliz. Decía que todo terminó al entrar a mi dormitorio.

En primer lugar, la desconocida. ¿Qué placentera y eterna visión guardo de ella? ¿Es que lo que golpeaba más fuerte se disipa más pronto? Confieso que me esperancé como un loco por el resultado de mis indagaciones en el paseo. En seguida comprendí el significado de su pérdida. Esa fué la razón por la cual yo me preocupé toda la tarde de mil asuntos diversos, sin afanarme para nada por el principal de todos los motivos, tratar de encontrarla, de verla. Desde aquella tarde de domingo, la claridad se acentúa cada vez más en los objetos que miro. Ya no hecho de menos la bruma. ¿Para qué? Me ha valido para pisar y reconocer con más seguridad el camino que sigo. Antes vivía pendiente de las señas de sus labios, de aprovecharme hasta la saciedad de sus miradas, de seguir desamparado en el peligro. Esa es la razón por qué pudo pasar desap-

cibida para mí su ausencia eterna y mortal y por qué pude hablar de varios temas, mirar los hermosos árboles, cosas todas ellas ajenas a mi propio interés.

Lo primero que me sorprendió al entrar a mi dormitorio fué mi gran terror, un terror involuntario y sin causas. Desde ese momento, cada vez me aparto más de todo género de salvación. No puedo recordar sino confusamente algunas escenas: La conversación con una encantadora persona, a la cual le confesé toda la leyenda de este amor. Una carta, una búsqueda de no sé qué objeto, la música ligera de un concierto; detalles, en fin, que olvidaré muy pronto. La angustia me hace dormir rápidamente. Mi lámpara está encendida. Yo escribo a propósito de mis absurdos conflictos y escribo rápidamente, sin pensar, con intención de reservar un puesto a la existencia de los misterios sin nombre y otro puesto a las jóvenes de este verano, distribuyéndolos, si fuera posible, unas en mi mano izquierda y otros en mi mano derecha, para que se den la mano. Yo escribo bajo mi lámpara y de repente un ángel agita sus alas y apaga la luz.

Es curioso observar la diferencia del pasado y de la tradición. Al tiempo pasado no se le puede atribuir una herencia de recuerdos. A la tradición sí. Yo dudo. Los días pasan muy rápidos. Pero, casi siempre, los recuerdos son provisorios.